

RECENSIONES CRÍTICAS

De Bernardi, Cristina y Jorge Silva Castillo. <i>El Cercano Oriente Antiguo</i> (Raúl Quiroga).....	75-77
De Wit, Hans. <i>En la dispersión el texto es patria. Introducción a la hermenéutica clásica, moderna y posmoderna</i> (Alan Bornapé).....	77-80
Gittlen, Barry M., ed. <i>Sacred Time, Sacred Place: Archaeology and the Religion of Israel</i> (Alan Bornapé).....	80-82
Long, V. Philips, Baker, David W. & Wenham, Gordon J. <i>Windows into Old Testament History. Evidence, Argument, and the Crisis of "Biblical Israel"</i> (Raúl Quiroga)	82-84

El Cercano Oriente Antiguo – Nuevas miradas sobre viejos problemas, de Cristina De Bernardi y Jorge Silva Castillo (compiladores). Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario y el Centro de Estudios de Asia y África del Colegio de México; Rosario: Propuesta Gráfica, 2005. ISBN 987-43-9834-5, 151 páginas.

La compilación a reseñar tuvo su génesis en el XI Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios de Asia y África (ALADAA), llevado a cabo en la Universidad Nacional Autónoma de México del 12 al 15 de noviembre de 2003. Tres de los trabajos monográficos fueron ponencias presentadas en aquel evento, en una mesa sobre historia del Cercano Oriente, a saber: “Diversidad étnica, integración o victimización en la Mesopotamia del II milenio a.C.” de Cristina De Bernardi y Jorge Silva Castillo; “Integración, conflicto y economía dual en la dinastía temprana de Mesopotamia” de Walburga Ma. Wiesheu; y “Señoras y esclavas. El papel de la mujer en la historia social del Egipto antiguo” de José Carlos Castañeda Reyes. Para conformar la serie de nueve monografías se unieron cuatro autores argentinos, un israelí y otro español.

El objetivo del trabajo fue echar “nuevas miradas sobre viejos problemas” del Cercano Oriente desde América Latina.

Según el prefacio de los editores, todas las monografías intentan abordar temas que discuten actualmente cuestiones de interés y cuyos autores proponen aportar sus puntos de vistas personales. Campagno y Wiesheu abordan las circunstancias que favorecieron la aparición del estado como tal en Egipto y Mesopotamia. Campagno propone, con un estudio de los últimos hallazgos arqueológicos, que la aparición del estado era menos rígida de lo que se suponía. No existía tanta centralización del poder como se cree actualmente. La cambiante situación social hacía que la administración del poder gubernamental no fuera tan rígida como se supone. Por su parte, Wiesheu demuestra que los estados teocráticos no alcanzaban a absorber todos los recursos de las zonas rurales y que éstas, a su vez, mantenían una heterogeneidad e independencia un tanto llamativa con respecto de los supuestos estados totalitarios. Estas comunidades rurales eran dinámicas, más o menos autónomas y con iniciativas privadas para mantenerse como tales.

La consolidación del estado por intermedio de las zonas suburbanas, tanto en Egipto como en Mesopotamia, fue más dinámica y heterogénea de lo que se cree.

Por su parte, De Bernardi y Silva exponen la diversidad étnica en la Mesopotamia durante el tercer milenio. La llegada de los amorreos desde el oeste ocasiona un intenso movimiento migratorio. La centralización del gobierno acadio se desvanece y la pluralidad étnica, con su consecuente competencia política y económica, pasa a ser un fenómeno corriente. La frecuente búsqueda de tolerancia y convivencia son parte del paisaje sociopolítico de la época. No se habla de naciones únicas sino de pueblos en interacción. Las fronteras son endebles y las etnias se entremezclan. Los dioses exigen, los gobernantes satisfacen los supuestos antojos de los entes súper terrenales, y mientras tanto hombres y mujeres, en el diario vivir, sufren las consecuencias de ese movimiento maquiavélico.

Susana B. Murphy en “La realeza asiria: legitimidad, rituales y genealogía” aporta una esperada información sobre las tradiciones ancestrales y los rituales como fundamentos de la identidad, acertando que las genealogías, esas tediosas listas de la antigüedad, son verdaderas fuentes de legitimidad para mantener los ideales sociales y la identidad del grupo en medio de la heterogeneidad social propia de la época.

También, Ianir Milevski, en su monografía “Los vínculos políticos en el Bronce Medio levantino a través de su expresión en un grupo de cilindros sello”, por medio de la glíptica, deduce que la iconografía palestina refleja una identidad cananea que toma su matriz política e ideológica más de los vecinos del norte que de Egipto.

Ana Fund Patrón de Smith, en “Narrativa bíblica: el *mito* y la *historia* –viejos problemas –revisados a la luz de la *escritura* y el *discurso* político-modernos”, analiza los significantes egipcios que podrían haber influenciado en la composición del relato de la creación que pertenece a los hebreos. Fund expresa que la historiografía hebrea no es sino una metáfora del mito, su ideologización, politización y una etnoafirmación que se inicia con los semitas, luego con los amorreos y finalmente con los israelitas.

José Luis López Castro en su “Oriente en Occidente. La colonización fenicia en el extremo occidental del Mediterráneo y el Atlántico” explica el problema cronológico y las causas de la colonización fenicia en Sicilia, Cerdeña, norte de África y en la península Ibérica. Supone que la presión asiria en el Levante, para conseguir metales y otros productos, sumada a la densidad de la población, empujó la migración hacia los puntos señalados. No hay evidencias en las colonias fenicias de ruptura social o cultural. Parece indudable que autóctonos y colonos supieron adaptarse y convivir en paz.

En “Génesis XXIX-XXXI y el derecho de familia. Un nuevo enfoque en torno al problema de los *terafim*”, Bernardo Gandulla refuerza la tesis de que los *terafim* que robaron las hijas de Labán eran más que objetos culturales familiares relacionados con los muertos, como afirmaba hasta ahora van der Toorn. Apoyándose en los textos de Emar y Nuzi, Gandulla asevera que eran objetos con una connotación social jurídica con relación a la herencia y la posesión de los bienes de la familia. Según el autor, los escritores del AT necesitan armonizar las fuentes a las cuales acceden con la tradición de la historia

repetida generación tras generación. La ideologización y la politización de los relatos para una reconstrucción de una historia de Israel, inducen a los redactores a modificar sustancialmente la interpretación de las tradiciones etiológicas de larga data conocidas. El autor ofrece su análisis de este último punto desde la óptica del criticismo bíblico, literario e histórico de la Biblia. El punto de vista bíblico, evangélico y conservador de la historiografía hebrea no se tiene en cuenta.

Por último, José Carlos Castañeda Reyes, utilizando la metodología que viene de *las cartas de los anales*, concluye que en las etapas de la historia egipcia antigua, tanto el hombre como la mujer desempeñaron un papel clave en la superación de las crisis sociales provocadas por el control gubernamental del estado. Especialmente la mujer con su participación y determinación social, como el caso de Nefertiti, lograron modificar el curso de la historia de su pueblo. Para Heródoto, el primero en hacer la diferencia entre oriente y occidente, la mujer oriental era bárbara e indomable por su participación significativa en decisiones gubernamentales y sociales.

En definitiva, los compiladores, y a su vez autores, y el patrocinio de la Universidad Nacional de Rosario, logran poner al alcance del público latinoamericano, y en castellano, un repertorio de excelentes monografías relacionadas con el Cercano Oriente, producidas casi en su totalidad en Argentina y México. Las propuestas tienen un fuerte trasfondo crítico en cuanto a la comprensión de la historiografía bíblica, tradicional evangélica y conservadora. Hecha esta salvedad, el lector sabrá cómo tratar este material provechoso desde el punto de vista histórico, arqueológico y también sociológico para una mejor comprensión de los fenómenos políticos y sociales que forman parte de la historia del Cercano Oriente.

Raúl Quiroga

Universidad Adventista del Plata, Libertador San Martín, ARGENTINA

En la dispersión el texto es patria. Introducción a la hermenéutica clásica, moderna y posmoderna, de Hans de Wit, San José, Costa Rica. Universidad Bíblica Latinoamericana. 2002. Pp. 557.

El Dr. Hans de Wit, de origen holandés, recibió su doctorado de la facultad de teología de la Universidad Libre de Ámsterdam (Vrije Universiteit), con su tesis intitulada "Alumnos de los pobres", donde analizó aspectos hermenéuticos y exegéticos del movimiento bíblico latinoamericano. Fue enviado como misionero a Chile en 1981 donde trabajó como profesor en la Comunidad Teológica Evangélica de Chile durante casi 10 años. Desde 1991 ha sido profesor de la facultad de Teología en la Universidad Libre de Ámsterdam, donde enseña teología contextual, hermenéutica intercultural y Antiguo Testamento. El presente libro, según de Wit, "quiere ofrecer a la lectora y al lector algunas herramientas que posibiliten un diálogo abierto y responsable con el texto bíblico" (p. 9). Es desde la conocida imagen del diálogo, de una conversación entre dos personas, que el autor presenta, no una 'mapa' del panorama de la ciencia bíblica moderna, sino hacer que el lector o la lectora pierda su dependencia y pueda comenzar a

analizar autónomamente los textos bíblicos y así buscar su propio camino en el laberinto” (p. 15).

El tomo está dividido en cuatro partes: la primera reflexiona sobre el período del Antiguo Testamento hasta la reforma; la segunda sección (“La Modernidad”) sigue líneas similares, donde analiza las implicancias hermenéuticas de la revolución copernicana y del nacimiento de la modernidad. En la tercera sección se ofrece un análisis de la “hermenéutica moderna y sus conceptos”, pasando por H. G. Gadamer y Paul Ricoeur, y por la hermenéutica latinoamericana. La cuarta parte mira la posmodernidad y su significado para la hermenéutica, con relevantes temas como el deconstruccionismo. La obra termina con valiosas conclusiones y la propuesta del autor.

El objetivo principal del autor, que ya se señaló al comienzo, intenta dirigir, precisamente, la intensa reflexión, brillantemente expuesta en su breve introducción (pp. 9-18). En el diálogo entre lector o lectora y texto “hay muchos factores involucrados” (p. 10). El aspecto más sobresaliente es el respectivo contexto de cada uno, que en el proceso de lectura es, sobre todo, una interacción entre ambas instancias (Ibíd.). Hay muchas maneras de leer, afirma de Wit, de entrar en conversación con el texto bíblico, lo que implica también una suma de “intereses” (presuposiciones) de ambos lados. Correctamente sostiene la distinción entre exégesis y hermenéutica, ésta última como una teoría de la primera, por lo que el debate hermenéutico debe preceder al acto exegético. Resulta una empresa muy aventurada, por ejemplo, entrar al mundo de la exégesis y comenzar a usar diferentes métodos.

Las últimas décadas del siglo pasado han dado a conocer un crecimiento impresionante en los métodos de interpretación. La situación en el campo de las ciencias bíblicas, declara de Wit, “es confusa y asume características del posmodernismo” (p. 13). Pero la aparente confusión no necesariamente implica tal estado: “Queremos ser enfáticos en decir que diversidad no es lo mismo que confusión, falta de proyecto, indiferencia, apatía”, declara el autor (p. 506). *Diversidad* puede (y debe), más bien, implicar *complementariedad*. Son dos principios importantísimos. Leer es un proceso dinámico y diversificado. Es un proceso en que los distintos actores tienen su papel y responsabilidad propios (p. 505). Esto lo llevará a su propuesta de una *hermenéutica intercultural*, que desarrollará en detalle en otros escritos (véase Hans de Wit, “Leyendo con Yael: un ejercicio en hermenéutica intercultural”, en *Los caminos inexhaustibles de la Palabra. Homenaje de colegas y discípulos a J. Severino Croatto* [ed. Guillermo Hansen; Buenos Aires: LUMEN-ISEDET, 2000], 11-66).

Sin embargo, en este punto inicial, se observa que la ‘voz’ del texto en el diálogo, y a lo largo de la obra, se muestra progresivamente silenciada por los intereses del lector o lectora, por el marcado énfasis (y amplitud de espacio) que el autor dedica en su valorable preocupación por las distintas situaciones que enfrenta el cristianismo en la sociedad actual. Esta es la mayor crítica al libro, crítica que envuelve enormes repercusiones *hermenéuticas*.

Desde este punto fundamental, el trabajo de Hans de Wit ignora el creciente cuestionamiento del método histórico-crítico en el estudio del texto bíblico, tanto a nivel de presuposiciones filosóficas como a nivel metodológico. Por ejemplo, al considerar el tema de la exégesis intrabíblica en el Antiguo Testamento, citando a Fishbane (*Biblical Interpretation in Ancient Israel*, 1985), afirma que “donde se creía que cada tradición se derivaba de una revelación divina, el reconocimiento de sus insuficiencias descentraliza la mística de la autoridad de la revelación” (p. 27). En su trato de los “métodos históricos” la investigación del autor lo lleva al reconocimiento de Baruj de Espinosa en su *Tractatus Theologico-Politicus* (1670) y su nueva metodología hermenéutica de la Biblia como el iniciador de lo que después serán los grandes presupuestos de la crítica histórica. Explícita y coherentemente de Wit indica cuáles son sus presupuestos, pero ¿por qué no revisar, repensar o reformular también estos presupuestos? ¿Son las tempranas presuposiciones de Espinosa, o del método histórico-crítico, las que comparte el texto bíblico? Se ha descubierto que la base de la estructura en que reside el método es una interpretación atemporal de la realidad, de Dios y de la razón, por lo que la tarea consiste en tomar como *factum* de la razón, no la ciencia moderna sino la Biblia y definir, a partir de ella, el modelo filosófico a seguir en la exégesis (Raúl Kerbs, “El método histórico-crítico en teología: en busca de su estructura básica y de las interpretaciones filosóficas subyacentes [Parte I]”, *DavarLogos* 1.2 [2002]: 105-23; idem, “La crítica del Pentateuco y sus presuposiciones filosóficas”, en *Inicios, paradigmas y fundamentos. Estudios teológicos y exegeticos en el Pentateuco* [ed. Gerald A. Klingbeil, SMEBT 1; Libertador San Martín, Argentina: Editorial Universidad Adventista del Plata, 2004], 3-43). Aún cuando el autor enfatizara desde un comienzo un diálogo ‘abierto y responsable’ con el texto, esto requiere que escuchemos el texto en la misma medida, y mucho más, que lo que el lector o lectora puedan decir. No basta, incluso, volver a una hermenéutica premoderna, basada en la comprensión de los padres de la iglesia (véase recientemente Paul B. Decock, “On The Value of Pre-Modern Interpretation of Scripture for Contemporary Biblical Studies”, *Neotestamentica* 59. 1 [2005]: 57-74). La necesidad que surge es que el principio *Sola Scriptura* pueda asumir el rol de *norma normans*, basado en la reformulación de los conceptos de revelación e inspiración como modelo histórico-cognitivo (Fernando Canale, “Interdisciplinary Method in Christian Theology? In Search of a Working Proposal”, *NZSTh* 43 [2001]: 383-87).

No puede dejar de destacarse las discusiones en torno a las problemáticas de distancia contextual entre lector y texto, a la luz de los aportes de Gadamer y Ricoeur; su estudio de las hermenéuticas del “genitivo” (negra, feminista, liberación, indígena, poscolonial, etc.), y su análisis de la hermenéutica latinoamericana, con autores tales como Severino Croatto, Carlos Mesters, P. Richard, M. Schwantes, entre otros. Su último capítulo constituye una de las más significativos y útiles, que considera la relación entre interpretación y posmodernidad. Nótese algunas de sus palabras iniciales: “por métodos de exégesis posmodernos queremos entender aquellos métodos cuyo primer interés no se dirige a la exploración de la *referencia histórica* o la *génesis* del texto, sino a otros aspectos del texto: el texto como *obra literaria*; el texto como *relato* (*story*); ver Hope Fólde

1991:25); el texto literario como obra de arte; el papel del *lector o lectora* en el proceso de comprensión; el peso del *contexto actual*, etc.”, (p. 313).

La obra que Hans de Wit ha escrito es inestimable, tanto por su contenido, pero más por su calidad reflexiva, capacidad de síntesis, coherencia y especialmente gran claridad en cada tema expuesto. Enfrenta buena parte de las más complejas problemáticas que comprende la tarea hermenéutica, en un escrito profundo y claro, que sin duda la ubica entre las mejores obras en castellano.

Alan Bornapé
Punta Arenas, CHILE

Sacred Time, Sacred Place: Archaeology and the Religion of Israel, ed. de Barry M. Gittlen. Winona Lake, Ind: Eisenbrauns, 2002. Pp. xii+228.

Actualmente la creciente discusión en el estudio de la Antigua Religión de Israel resulta en un cuestionamiento, pero al mismo tiempo, en una apertura metodológica y disciplinaria, en búsqueda de un *modelo* histórico adecuado (K. Van der Toorn, “Currents in the Study of Israelite Religion”, *CR:BS* 6 [1998]: 10). El presente volumen constituye un avance en la discusión. Contiene ensayos que formaron parte de una unidad de programa dedicada a la arqueología de la religión del antiguo Israel (1993-1996) en la reunión anual de la American Schools of Oriental Research. Los artículos son apartados en cuatro áreas principales: “Charting the Course: The Relationship between Text and Artifact”; “Prayers in Clay: A Multidisciplinary Approach to Figurines”; “The Mythology of Sacred Space: Structure and Structuralism”; y “Death in the Life of Israel”. Se escogieron siete de los doce artículos por motivos de espacio.

En la primera sección, J. Z. Smith introduce el tema (“Religion Up and Down, In and Out”), donde expone la necesidad de una nueva (o renovada) discusión de principios metodológicos que permitan “capitalizar” los datos textuales y arqueológicos. Esto requiere un diseño de investigación disciplinario, en que el completo dominio de las variadas disciplinas se halle dentro de una “mutua relación intelectual” (4). Sin embargo, antes de iniciar el diálogo, debería realizarse una más adecuada teoría de la religión que gobierne la interpretación y una teoría del discurso y traducción que guíe la conversación (9). En líneas similares W. G. Dever (“Theology, Philology and Archaeology: In the Pursuit of Ancient Israelite Religion”) y Z. Zevit (“Philology and Archaeology: Imagining New Questions, Begetting New Ideas”) reconocen, al igual que Smith, la necesidad de un diálogo interdisciplinario entre filología y arqueología, aunque Zevit agrega la disciplina que denomina “religiología”, un estudio académico de la religión, no apologético, como lo es la teología. En este sentido, ambos observan que en las décadas pasadas, la aproximación teológica a la religión israelita ha resultado en una devaluación de la historia y religión del antiguo Israel, por su carácter confesional (Dever), y que difícilmente representa un disciplinado estudio histórico del pensamiento israelita (Zevit). Si bien Dever reconoce el valor de la arqueología en la *práctica* religiosa, focalizada en la conducta social más que ideológica, la definición de Zevit del mundo artefactual como “una

expresión semiótica” de la cosmovisión religiosa e intelectual de una sociedad determinada (41), no necesariamente excluye lo ideológico.

En la segunda parte, K. Van der Toorn (“Israelite Figurines: A View Form of Texts”) ofrece un interesante enfoque, que sitúa dentro del relevante tema del Aniconismo en la religión de Israel. Su estudio se inclina a la existencia, más bien, de una temprana tradición icónica, basado en dos presupuestos: evidencia bíblica de adoración de divinidades e imágenes teriomórficas; y sobre la base comparativa de las religiones del Próximo Oriente Antiguo. En una segunda parte del artículo, van der Toorn produce una fructífera discusión sobre el significado y función de los figurines, adhiriendo a la tesis de que constituyen “reflexiones de imágenes del culto oficial o símbolos, usados para una variedad de propósitos fuera del culto” (56, 57). Esto demuestra una estrecha cercanía entre el culto oficial y popular. Sin embargo, en acuerdo con los alcances de Jack Sasson (“On the Use of Images in Israel and the Ancient Near East”), la propuesta de van der Toorn resulta altamente especulativa, según su método comparativo, y su insuficiente exégesis, que al contrario, refleja una falta de evidencia del uso de imágenes en el culto hebreo (cf. T. Lewis, "Divine Images: Aniconism in Ancient Israel," *JAOS* 118 (1998): 36-53; y N. Na'aman, "No Anthropomorphic Graven Image: Notes on the Assumed Anthropomorphic Cult Statues in the Temples of YHWH in the Pre-exilic Period," *UF* 31 (1999): 391-415). La respuesta de Sasson señala a la falta de rigurosidad analítica de la evidencia textual, bíblica y extra-bíblica, como en el caso de las ceremonias consagradas de imágenes cúllicas (68). Contrario a van der Toorn, Sasson observa que Deuteronomio se esfuerza en retener una adoración *anicónica*. Con todo, la temática sufre de un vacío metodológico entre texto y artefacto, de un más especializado tratamiento *tipológico* de las distintas variedades de figurines, como también del lugar y determinación de su contexto cúllico (cf. Sakkie Cornelius, “A Preliminary Typology for the Female Plaque Figurines and Their Value for the Religion of Ancient Palestine and Jordan”, *JNSL* 30.1 (2004): 21-39; P. M. Michèle Daviau, “Family Religion: Archaeological Evidence for the Paraphernalia of the Domestic Cult”, in *The World of the Aramaeans, Volume II: Studies in History and Archaeology in Honour of Paul-Eugène Dion* (JSOT Supplement Series, 325. Sheffield: Sheffield Academic Press, 2001), 199–229).

En la tercera sección, Ziony Zevit en un segundo artículo (“Preamble to a Temple Tour”), reflexiona sobre la crucialidad del espacio sagrado en la religión israelita. Sin embargo, declara que la “pertinencia del tiempo, ritual, historia y creencia al comprender la religión ha sido ampliamente reconocida; no así la dimensión espacial” (74). Entre una de sus importantes observaciones, nota que la sacralidad del espacio se manifiesta en distintas formas (o grados), como en el tabernáculo y sus inmediateces. Reconoce que ésta dimensión debe tomarse con precaución, y que constituye una significativa herramienta interpretativa. Luego Zevit sistematiza lo que cree son las tres expresiones principales del espacio sagrado: geográfico, temático y mítico-simbólico (76). Zevit advierte que cualquier cambio en uno de estas expresiones del espacio puede producir importantes “transformaciones”, como por ejemplo, en la coreografía del culto y sus rituales.

En la sección final, E. Bloch-Smith (“Death in the Life of Israel”), W. Pitard (“Tombs and Offerings: Archaeological Data and Comparative Methodology in the Study of Death in Israel”) y Theodore Lewis (“How Far Can Texts Take Us? Evaluating Textual Sources for Reconstructing Ancient Israelite Beliefs about the Dead”), analizan desde distintas perspectivas el creciente tópico de la muerte en la religión de Israel. Tras revisarse y evaluarse la historia de la presencia de un culto a los muertos en la religión israelita (Bloch-Smith), y enfatizar el valor del estudio literario, en complementación con los hallazgos arqueológicos (Lewis), se destacan los puntos a nivel metodológico sostenidos por W. Pitar, quien reconoce la limitación inherente del registro arqueológico y su interpretación, y el uso de antecedentes comparativos para explicar los distintos elementos culturales de una específica sociedad (148). El autor señala que la información provista por los restos materiales es de enorme valor, por ejemplo, en catalogar tipos de tumbas, restos óseos, objetos relacionados con los muertos, etc., pero indica que “sin algún tipo de dato escrito, es muy dificultoso decir con cierta certeza lo que un grupo específico de personas significó cuando hicieron algo en la forma en que lo hicieron” (149). Pitard cita los ejemplos de tumbas de Ugarit y Minet el-Beida y la comprensión de P. Matthiae de las Áreas B, C, G y Q en Ebla en la Edad de Bronce Media, como resultado de interpretaciones deficientes por prescindir del apoyo de fuentes textuales.

Los artículos restantes de E. Bloch-Smith (“Solomon’s Temple: The Politics of Ritual Space”), S. Gitin (“The Four-Horned Altar and Sacred Space: An Archaeological Perspective”) y Baruch Levine (“Ritual as Symbol: Modes of Sacrifice in Israelite Religion”), se suman al tono general de su respectiva sección, la mitología del espacio sagrado, reconociendo el carácter ritual de la religión de Israel en su arte, arquitectura y coreografía.

No puede dejar de notarse la falta de consistencia en relación al título general de la obra, sin ningún trabajo sobre el *Tiempo Sagrado*, no así en el espacio. Además de los alcances de Smith y Zevit, se extraña también una mayor elaboración metodológica, que sirva como base para una adecuada aproximación al tópico. Se espera que estudios similares puedan seguir proporcionando un mayor conocimiento en un tema tan importante para la investigación actual como lo es la arqueología de la religión israelita.

Alan Bornapé
Punta Arenas, CHILE

Windows into Old Testament History. Evidence, Argument, and the Crisis of “Biblical Israel” de V. Philips Long, David W. Baker & Gordon J. Wenham, (eds.). Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2002. ISBN 0-8028-3962-2. 204 páginas incluyendo abreviaturas, introducción, índice de autores e índice de citas bíblicas.

Se ofrecen en este libro ocho monografías de eruditos conocidos por su producción literaria fructífera y su participación generosa en las discusiones referentes a la confiabilidad de la Biblia. Definitivamente, en los últimos años se ha puesto en duda la factibilidad

histórica de la Escritura. Por ejemplo, últimamente la historicidad de Israel, tal como se la presenta en el relato bíblico, ha sido puesta en tela de juicio. Se supone que la arqueología y la historiografía del ACO pueden aportar otras “historias” aun más confiables que la de la Biblia misma.

En conclusión, ya no se quiere hablar de “historia bíblica” en el sentido de una disciplina histórica sino más bien de “relato”, “leyenda”, “tradición” apelando más bien a un sentido literario. Debido a esta postura, la historia de la salvación, ubicando el diluvio, el éxodo, las judicaturas, la monarquía unida y la dividida, debiera ser replanteada. O se le permite a la Biblia tener su propia voz histórica o se la reconstruye a través de la arqueología y la historiografía del ACO. En este campo de discusión se presentan las ocho excelentes monografías de esta múltiple edición.

Primeramente, V. Philips Long, uno de los editores, en su “Introduction” (1-22) hace un excelente resumen de las ocho monografías presentadas. Resalta el objetivo de cada autor, su tema, la argumentación y el aporte a la temática tratada.

Por su parte, Jens Bruun Kofoed, en su “Epistemology, Historiographical Method, and the ‘Copenhagen School’” (23-43), destaca cuáles son los contenidos históricos que conforman cada propuesta metodológica. De hecho, expresa que el método historiográfico o de interpretación historiográfica determinará la naturaleza de las conclusiones que finalmente pasarán a formar parte de una teoría del conocimiento histórico, es decir, de una interpretación de la historia. Describe y define la postura “radical” de los exponentes de la escuela de Copenhague, Thomas L. Thompson y Niel Peter Lemche, entre otros, quienes desconfían de la Biblia como documento para reconstruir una historia de Israel. Estos eruditos sostienen que esa reconstrucción sólo es posible a través de la historiografía del ACO y de los hallazgos arqueológicos, es decir la evidencia textual y material. Para ellos es una cuestión filosófica y epistemológica, es decir, de convicciones personales que condicionan la interpretación de los datos históricos. Bruun Kofoed afirma que la Biblia es indispensable y confiable para reconstruir una historia de Israel.

Nicolai Winther-Nielsen escribe “Fact, Fiction and Language Use: Can Modern Pragmatic Improve on Halpern’s Case for History in Judges?” (44-81). A través de la aplicación de una teoría pragmática, Winther-Nielsen propone confiar en el papel comunicador del registro bíblico. No sólo el lector debiera cobrar un protagonismo hermenéutico, el texto mismo comunica su historia, su informe de la situación descrita y su propia evaluación histórica si fuere necesario. El autor demuestra que el libro de los Jueces, aunque discutido para reconstruir una historia de Israel, es altamente confiable como fuente histórica debido a su estructura literaria y retórica.

Richard S. Hess invita a leer “Literacy in Iron Age Israel” (82-102). La escritura entre 1200 y 586 fue notablemente abundante en Israel. Los testimonios escritos contabilizados hasta 1995 por Allan R. Millard ascendían a 485 en 47 sitios diferentes. A lo largo de todo el período se escribió sin relación a ninguna clase social o lugar en particular. La profusión de literatura y epigrafía va contra el argumento de que no había una estructura

social organizada como para dejar un testimonio histórico escrito y confiable especialmente en los dos primeros siglos.

Seguidamente, Aland R. Millard presenta “History and Legend in Early Babilonia” (103-110). El autor sugiere que no sería un problema el hecho de que los registros históricos de Israel no aparecen en monumentos o tabletas sino sólo en la Biblia. Babilonia y otras culturas confiaron también en sus escribas y no por eso los historiadores dejan de confiar en las listas de reyes babilónicas o asirias para datar la época de los respectivos reyes y lograr así un ordenamiento histórico adecuado. Por esta misma razón, se le debería dar crédito a la información histórica contenida en la Biblia pues su naturaleza no es muy diferente de los registros históricos de otras culturas. La única diferencia sería quizá en la forma en que ha llegado hasta la época actual.

Después, Kenneth A. Kitchen expone “The Controlling Role of External Evidence in Assesing the Historical Status of the Israelite United Monarchy” (111-130). Kitchen afirma que la devaluación histórica, acelerada y prematura que ha sufrido la monarquía davídica y salomónica, la monarquía unidad en general, ha descuidado datos relevantes que pudieran generar otra opinión acerca de la factibilidad de la existencia del “imperio” de David y Salomón. Estos datos incluyen una forma diferente de interpretar el registro histórico bíblico y el desconocimiento de datos claves por parte de los eruditos que devalúan la confiabilidad histórica de la Biblia.

Brian E. Kelly presenta “Manasseh in the Book of King and Chronicles” (131-146). Kelly argumenta que Manases no soporta ninguna carga ideológica ficticia o inventada que ayude a justificar el interés político de escritores posteriores al exilio. Por el contrario, tanto la historia de Reyes como la de Crónicas son compatibles, complementarias y presentan un punto de vista positivo de la historia de Israel.

Peter J. Williams invita a analizar su “Israel Outside the Land: The Transjordanian Tribes in 1 Chronicles 5” (147-160). Williams demuestra a través de un estudio de 1 Crónicas 5 que el registro del Antiguo Testamento es una combinación suplementaria de información histórica preexílica obtenida de los documentos conocidos, aun de los extrabíblicos, como el caso de la información provista en la estela de Mesa.

Iain W. Provan en su “In the Stable with the Dwarvers: Testimony, Interpretation, Faith, and the History of Israel” (161-198) sugiere que así como el iluminismo se dio el lujo de dudar de todas las afirmaciones que constituían las estructuras de conocimiento de su época, igualmente, después de unos cuantos siglos se podría dudar de todos sus logros conseguidos hasta el momento. El autor parece sugerir que toda vez que se quiere imponer un modelo se experimenta un nuevo oscurantismo. Provan sospecha que el iluminismo teológico actual, parado en la antigua plataforma del cientificismo moderno, se ha estancado en una posición oscurantista.

Raúl Quiroga

Universidad Adventista del Plata, Libertador San Martín, ARGENTINA